

su salvadora lanzó en la selva para espantar á los lobos. Cuenta la historia que don Enrique hubiera querido que el Papa-moscas repitiese además las palabras de amor de la dama; pero el artífice moro que construyó el autómeta, despues de muchos esfuerzos vanos, se declaró incapaz de satisfacer los deseos del piadoso monarca.

Oida la historia, aún dí otra vuelta por la catedral, pensando con tristeza que no la volveria á ver; que de allí á poco tantas maravillosas obras de arte no serian para mí mas que un recuerdo, y que el recuerdo mismo llegaría á turbarse un dia, ó á confundirse con otros, ó á perderse... Predicaba un sacerdote desde el púlpito, delante del altar mayor, apenas se oía su voz; una multitud de mujeres arrodilladas en el suelo le escuchaba; el predicador era un anciano de aspecto venerable; hablaba de la muerte, de la vida eterna, de los ángeles, y hablaba con acento suave, moviendo á cada palabra la mano como si quisiera extenderla hácia una persona caída, y le dijese:—Levántate.—Yo le hubiera alargado la mia, gritándole:—Levántame.—La catedral de Búrgos no es triste como todas las demás de España; me habia sosegado el ánimo y dispuesto tranquilamente á los pensamientos religiosos. Salí de allí balbuceando, casi sin advertirlo:—Levántame;—me volví á mirar una vez más las atrevidas agujas y los esbeltos campanarios, y fantaseando me dirigí hácia el centro de la ciudad.

Al volver una esquina, topé con cierta tienda que

me dejó como helado. Las hay iguales en Barcelona y en Zaragoza, y en todas las ciudades de España; pero no sé cómo, no las había visto nunca. Era una tienda espaciosa, limpia, con dos grandes escaparates á derecha é izquierda de la puerta: en el umbral estaba una muchachuela sonriente, haciendo media, y en el fondo, jugando, un muchacho. Y, sin embargo, al mirar aquella tienda el hombre más frío hubiera sentido estrecharse su corazón, y el hombre más alegre se hubiera entristecido. Os desafío á adivinarlo. En los escaparates, detrás de las puertas, á lo largo de las paredes, y arriba, casi hasta el techo, uno sobre otro, en buen orden, como cestas de fruta, algunos cubiertos de lindas telas recamadas, muchos con flores, dorados, esculpidos, pintados, había no sé cuantos ataúdes: dentro, las cajas para hombres; fuera las de los niños. Uno de los escaparates daba por la parte exterior con la vidriera de una tienda de comestibles, de modo que las cajas tocaban casi las uvas y los quesos; podía suceder muy bien que un ciudadano presuroso, creyendo ir á comprar su almuerzo, equivocase la puerta y fuese á dar entre las cajas: cambio poco á propósito para estimular el apetito.

Puesto que estoy hablando de tiendas, penetremos en un estanco para ver en qué se diferencian de los nuestros. En España, fuera de los cigarrillos y tabacos de la Habana, que se venden en tiendas especiales, no se fuman otros cigarros que los así llamados de tres cuartos, iguales en la forma á nuestros cigarros romanos, aunque un poco más gordos; ex-

quisitos, ó malísimos, segun la fabricacion, que está algo atrasada. Los *avventori* habituales, que en español se llaman con el curioso nombre de parroquianos, obtienen, pagando alguna cosa más, los cigarros escogidos; y los fumadores de gusto refinado, añadiendo todavía más á lo añadido, los escogidos de los escogidos. En el mostrador hay un platillo con una esponja empapada en agua para humedecer los sellos sin aquel fastidio de lamerlos, y en el rincón una caja para las cartas y los impresos. La primera vez que se entra en una de estas tiendas, en particular si hay mucha gente, acométenle á uno ganas de reir viendo á los tres ó cuatro que venden tirar las monedas sobre el mostrador, de manera que salten más altas que su cabeza, y cogerlas en el aire con ademan de prestidigitadores: hácenlo así por todas partes, para persuadirse por el sonido de que son buenas, pues corren muchísimas falsas. La moneda más en uso es el real, que vale como cinco *soldi* nuestros, poco más; cuatro reales componen una peseta; cinco pesetas un duro, que equivale á nuestro *scudo* de buena memoria, si se le añaden veintiseis céntimos; cinco duros un doblon de oro. El pueblo hace sus cuentas por reales. El real se divide en ocho cuartos y medio, ó diez y siete ochavos, ó treinta y cuatro maravedís, monedas de los moros que han perdido casi la forma primitiva, y más parecen botones machacados que monedas. También en Portugal la unidad monetaria es más pequeña que la nuestra: el *rei*, que vale próximamente la mitad de un céntimo; y todo se cuenta por *reis*. Fi-

guráos un pobre viajero que llega allí sin saber nada, y que despues de haber comido medianamente y pedido la cuenta, oiga decir, en vez de cuatro libras:—Ochocientos reis! Se le erizan los cabellos.

Antes de que llegase la noche, fui á ver el lugar donde nació el Cid: si no lo hubiera pensado yo mismo, habriánmelo recordado los cicerones que por donde quiera que pasaba me decian al oido:—Restos del Cid; casa del Cid; monumento del Cid.—Un vejete, majestuosamente envuelto en su capa, me dijo con aire de proteccion:—Venga V. conmigo,—y me hizo subir por una eminencia que domina la ciudad, en cuya cima se ven todavía los restos de enorme fortaleza, antigua morada de los reyes de Castilla. Antes de llegar al monumento del Cid se encuentra un arco de triunfo, de estilo dórico, gracioso y sencillo, hecho construir por Felipe II en honor de Fernan Gonzalez, en el lugar mismo, segun se dice, donde estaba la casa que vió nacer al famoso Capitán. El monumento del Cid, erigido en 1784, está algo más allá. Es un pilar de piedra apoyado sobre un pedestal de sillería, y rematado por un escudo heráldico con esta inscripcion: «Aquí se alzaba la casa donde nació, el año 1026, Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador. Murió en Valencia el 1099, y su cuerpo fué trasladado al monasterio de San Pedro de Cardeña, cerca de esta ciudad.» Mientras yo leía estas palabras, el cicerone narraba una leyenda popular relativa á la muerte del héroe.— Cuando murió el Cid,—me dijo con mucha gravedad,

—no se quedó nadie á custodiar su cadáver. Entró en la iglesia un hebreo, se acercó al ataúd, y dijo: «Hé aquí el gran Cid, al cual no ha tenido ninguno el valor de tocarle la barba mientras estuvo vivo; voy á tocársela yo á ver qué es lo que me hace.» Diciendo así alargó la mano; pero en aquel mismo momento el cadáver agarró la empuñadura de la espada, y sacó un palmo fuera de la vaina. El hebreo lanzó un grito y cayó en el suelo desyanecido; acudieron los Padres, levantaron al hereje, que tornó en sí, y contó el milagro, y entónces se volvieron todos hácia el Cid, y vieron que tenía aún la mano sobre la empuñadura en ademan de amenaza. Dios no habia querido que el cadáver del gran guerrero fuese contaminado por la mano de un hereje.

Miróme al decir esto, y viendo que yo no daba la más mínima señal de incredulidad, me condujo bajo un arco de piedra, que debia ser de cualquier antigua puerta de Búrgos, apartado pocos pasos del monumento, é indicándome una hendidura horizontal que se veía en el muro, á cosa de un metro de altura, me dijo:

—Esta es la medida de los brazos del Cid cuando mozuelo, y venía aquí á jugar con sus camaradas.

Y tendió los brazos á lo largo de la hendidura para hacerme ver cuánto sobraba; despues quiso que me midiese tambien yo, y yo tambien los tenía más cortos; con que entónces me dirigió una mirada de triunfo y se puso en movimiento para volver á la ciudad. Así que llegamos á una calle solitaria, se detuvo frente á la puerta de una iglesia, y me dijo:

—Esta es la iglesia de Santa Agueda, donde el Cid hizo jurar al Rey D. Alfonso IV no haber tenido parte en la muerte de su hermano don Sancho.

Le rogué que me contase toda la historia:

—Estaban presentes,—continuó,— los prelados, los caballeros y los altos personajes del Estado. El Cid puso el Evangelio en el altar, el Rey extendió la mano sobre él, y el Cid le dijo: «Rey D. Alfonso: me habeis de jurar que no estais manchado por la sangre del Rey don Sancho, mi señor; y si jurais en falso, ruego á Dios que os haga perecer á manos de un vasallo traidor.» El Rey dijo: «Amen;» pero cambió de color. El Cid repitió entónces: «Rey don Alfonso: me habeis de jurar que no habeis ordenado ni aconsejado la muerte del Rey D. Sancho, mi señor; y si jurais en falso, vengais á morir á manos de un vasallo traidor.» Y el Rey dijo: «Amen;» pero mudó segunda vez de color. Doce vasallos confirmaron el juramento del Rey; quiso el Cid besarle la mano; el Rey no se lo permitió, y desde aquel momento lo aborreció toda la vida.

Añadióme despues el vejete que otra tradicion contaba no haber el Rey D. Alfonso jurado sobre el Evangelio, sino sobre el cerrojo de la puerta de la iglesia; que durante mucho tiempo los viajeros de todo el mundo habian ido á admirar aquel cerrojo; que el pueblo le atribuia no sé qué virtudes sobrenaturales; y que se habia hablado tanto de él en todas partes y se le aplicaban tales y tan disparatadas fábulas, que el obispo D. Fray Pascual se vió precisado á mandar que lo arrancasen, en atencion á que

creaba peligrosas rivalidades de poder entre la puerta y el altar mayor.

El cicerone no dijo más; pero habria para reunir buenos volúmenes, á recoger todas las tradiciones del Cid que corren por España. Ningun guerrero legendario ha sido más amado de su pueblo que este Rodrigo Diaz de Vivar: la poesía ha hecho de él poco menos que un Dios; su gloria vive en el sentimiento nacional de los españoles, como si hubieran trascurrido, no ocho siglos, sino ocho lustros desde el tiempo en que vivió; y el poema heroico que de él toma nombre, y que es el primer monumento de la poesía de España, es tambien aún la obra más eminentemente nacional de su literatura.

Al oscurecer fuí á dar un paseo bajo los pórticos de la plaza Mayor, con la esperanza de ver gente; pero llovía de través y corría un viento maldito, así que no encontré más que algun grupo de muchachos, de obreros y de soldados, y me volví en derechura á la fonda. Habia llegado aquella misma mañana el emperador del Brasil, y por la noche debia marcharse á Madrid. En la sala en que yo comí, junto con varios españoles, á los que di conversacion hasta la hora de la partida, comian todos los mayordomos, camareros, servidores, correos y qué sé yo de su majestad imperial, sentados en torno de una gran mesa que ocupaban por entero. En mi vida hé visto grupo más extraño de criaturas humanas. Habia caras blancas, caras negras, caras amarillas, caras de color de bronce, con ciertos ojos y narices y bocas,

que no se encontrarían iguales en toda la colección del *Pasquino* de Teja. Y cada uno hablaba una lengua diversa bastardeada: quién el inglés, quién el portugués, quién el francés, quién el español; alguno una jamás oída mescolanza de los cuatro, añadiendo á ello palabras, sonidos y cadencias de no sé qué dialectos; y se entendían, y conversaban todos á un tiempo en confusión tal, que parecía que hablasen una sola lengua misteriosa y horrible de alguna tierra salvaje ignorada del mundo.

Antes de dejar Castilla la Vieja, cuna de la monarquía española, hubiera querido ver Soria, levantada sobre las ruinas de la antigua Numancia; Segovia, la del inmenso acueducto romano; San Ildefonso, el delicioso jardín de Felipe V; Avila, ciudad natal de Santa Teresa; pero después de hechas apresuradamente y con enojo, ántes de tomar el billete para Valladolid, las cuatro primeras operaciones de la aritmética, me dije á mí mismo que en aquellas cuatro ciudades no podía haber grandes cosas que ver, que las Guías exageraban, que es mejor ver poco que mucho, á condición de que aquel poco se vea bien y se retenga; con otras profundas razones que obedecían rigurosamente á los datos de mis cálculos y á las miras de mi hipocresía.

Partí, pues, de Búrgos sin haber visto realmente otra cosa que monumentos, cicerones y soldados; porque las castellanas, amedrentadas con la lluvia, no habían osado aventurar los piececitos en las calles. Así fué que me quedó un recuerdo casi triste de aquella ciudad, no obstante lo pomposo

de sus colores y la magnificencia de su catedral.

Desde Búrgos á Valladolid la campiña difiere poco de la de Zaragoza á Miranda: véñse aún aquellas llanuras vastas y despobladas, ceñidas por colinas rojas, de formas abruptas y desnudas crestas; aquellos páramos solitarios, mudos, bañados de una luz ardiente, que llevan la fantasía á los desiertos de Africa, á la vida contemplativa, al cielo, al infinito, despertando en el corazon un sentimiento inexpressable de cansancio y de melancolía. En medio de aquellas llanuras, en aquella soledad, en aquel silencio, compréndense bien la naturaleza mística del pueblo de las Castillas, la fé ardiente de sus reyes, las sagradas inspiraciones de sus poetas, los éxtasis divinos de sus santos, sus grandes iglesias, sus grandes cláustros, y su gran historia.

IV.

VALLADOLID.

Lo que fué y lo que es.—La Plaza mayor.—Tres muchos y tres pocos.—Palacios y conventos.—Un pobre de siete años que me hace el amor.—La Catedral.—En busca de la casa de Cervantes.—¡Aquí la tienes!—Zorrilla, el poeta; su *Don Juan Tenorio*.—El Museo de Pintura; un manicomio de gigantes.—Paseo bajo los pórticos.

Valladolid la rica, como la llama Quevedo, famosa dispensadora de resfriados, era entre las ciudades situadas al norte del Tajo la que más vivamente deseaba ver; bien que supiera que no hay en ella grandes monumentos artísticos, ni cosa alguna moderna que notable sea. Tenía particular simpatía por su nombre, por su historia, y por el carácter que á mi modo me habia imaginado de sus habitantes. Parecíame que debiera ser una ciudad señorial, alegre y estudiosa, y no podia figurarme sus calles sin ver pasar por aquí á Góngora, por allí á Cervantes, por otra parte á Leonardo de Argensola, con todos los

demás poetas, historiadores y doctores que vivian en ella cuando Valladolid era la espléndida córte de la monarquía. Pensando en la córte, veía por las vastas plazas de mi ciudad simpática una confusa sucesion de procesiones sagradas, corridas de toros, pompas militares, mascaradas y bailes; todo el estrépito de las fiestas por el nacimiento de Felipe IV, desde la llegada del almirante inglés con su cortejo de seiscientos caballeros, hasta el último banquete de los famosos mil doscientos platos de carne, sin contar los no servidos, para ir con la tradicion popular. Llegué de noche, me apeé en la primera fonda, y me adormecí con el deleitoso pensamiento de que iba á despertar en una ciudad desconocida.

Porque el despertar en una ciudad desconocida, cuando se ha ido á ella por eleccion, es verdaderamente un placer vivísimo. Aquello de pensar que desde el momento en que salgais de casa hasta que volvais por la noche no hareis más que pasar de curiosidad en curiosidad, y de satisfaccion en satisfaccion; que todo cuanto veais ha de pareceros nuevo, y que á cada paso aprendereis alguna cosa, y que cada cosa se os grabará en la memoria para toda la vida; que estareis todo el dia libre como el aire y alegre como un pájaro, sin pensar en el mundo, como no sea para divertirlos; que divirtiéndoos contentais al mismo tiempo la salud del cuerpo, del ánimo y de la inteligencia; que el término, finalmente, de todos estos placeres, en vez de tener para vosotros algo de melancólico como la noche de los dias

de fiesta, no será más que el principio de otra serie de deleites, los cuales os acompañarán de aquella ciudad á otra, desde ésta á una tercera, y así sucesivamente por un espacio de tiempo al cual vuestra imaginacion se complace en no señalar límites; todos estos pensamientos, digo, acuden en tropel á vuestra imaginacion al momento en que abris los ojos, é imprimen una sacudida tal de alegría, que ántes de advertirlo está uno derecho en medio de la estancia con el sombrero en la cabeza y la Guía entre las manos.

Vamos, pues, á gozar de Valladolid.

Dios mio! Qué cambiada desde los hermosos tiempos de Felipe III! La poblacion, que llegó á ser de cien mil almas, está reducida hoy á poco más de cincuenta mil. A las calles principales dan un poco de animacion los estudiantes de la Universidad y los viajeros que pasan para Madrid; las demás están desiertas. Es una ciudad que hace el efecto de un gran palacio abandonado, en el cual se ven todavía aquí y allá restos de bajo-relieves, de dorados y de mosaicos, y en las salas de en medio algunas familias de gente pobre á quien la solitaria inmensidad del edificio inspira melancolía. Muchas plazas espaciosas, algun palacio antiguo, casas en ruinas, conventos deshabitados, largas calles herbosas y solitarias, todas las apariencias, en suma, de una gran ciudad decaida. El lugar más hermoso es la Plaza mayor, extensa, rodeada toda de un pórtico sostenido por grandes columnas de granito azulado, sobre el cual pórtico se alzan las casas, todas de tres

pisos, con otros tantos órdenes de miradores larguísimo, donde se dice que podrian estar cómodamente sentadas veinticuatro mil personas. Este pórtico se extiende además á entrambos lados de una larga calle que desemboca en la plaza, y aquí y en otras dos ó tres calles cercanas es donde se reune más gente. Era dia de mercado; bajo los pórticos y en la plaza hormigueaba muchedumbre de campesinos, de verduleras y mercaderes. Como en Valladolid se habla el castellano con propiedad admirable de forma y de pronunciacion, me metí á dar vueltas por entre las cestas de ensalada y los montones de naranjas, para coger al vuelo modismos y sonidos de la hermosa lengua. Acuérdome, entre otros, de un curioso proverbio dicho por una mujer á un mozo fanfarron:—¿Sabe V.,—le dijo plantándosele delante, — qué es lo que echa á perder al hombre?—Me detuve y apliqué el oido:—Tres muchos y tres pocos: Mucho hablar, y poco saber; mucho gastar, y poco tener; mucho presumir, y nada valer.

Me pareció tambien notar gran diferencia entre la voz de aquella gente y la voz de los catalanes: aquí más límpida y clara, y aun el gesticular más alegre y la expresion de los semblantes más vivaz, aunque nada de particular todavía en las fisonomías y en los colores, y el vestir igual al de nuestra plebe del Norte. En la plaza de Valladolid, precisamente, advertí por la primera vez que desde que estaba en España aún no habia visto una pipa. Los obreros, los labradores, los pobres, todos fuman el ci-

garrillo: y es digno de risa ver á ciertos hombrones fornidos y bigotudos andar con aquella cosilla microscópica en la boca, medio escondida entre los pelos, fumando diligentísimamente hasta la última partícula de tabaco; hasta que no les queda más que una chispa moribunda sobre el lábio de abajo; y aún ésta tenerla allí todavía, como una gota de licor, hasta que arrojan la ceniza con el aire de quien hace un sacrificio. Otra cosa advertí allá, y seguí observando despues todo el tiempo que estuve en España: no he oido nunca silbar.

Desde la Plaza Mayor me dirigí á la de San Pablo, hermosa y alegre, en la cual está el antiguo palacio real. La fachada no es notable ni por grandiosidad ni por belleza: me asomé á la puerta, y ántes de experimentar un sentimiento de admiracion por la majestad del lugar, sentí uno de tristeza por el silencio sepulcral que allí reinaba. No hay cosa que produzca una impresion más parecida á la de un campo santo que la vista de un sitio régio abandonado, cabalmente porque allí es más fuerte y vivo que en cualquiera otra parte el contraste entre los recuerdos que despierta y el estado en que se halla. ¡Oh magníficos cortejos de caballeros empenachados, oh espléndidos banquetes, oh goces febriles de una felicidad que parecia eterna! Delante de estos sepulcros vacíos, es un placer nuevo el de toser un poco, como á veces hacen por prueba los enfermos, y sentir que el eco repite vuestra voz robusta y os asegura de que sois jóven y sano. En el interior del palacio hay un ancho patio, rodeado de bustos de medio

relieve que representan á los emperadores romanos; una hermosa escalera y galerías espaciosas en el piso superior. Tosí, y el eco me respondió:—¡Qué salud!—y salí de allí satisfecho. Un portero me señaló en la misma plaza otro palacio al cual no había llamado, y me dijo que en aquel palacio nació el gran rey Felipe II, de quien Valladolid recibió el título de ciudad.

—Ya sabe V., Felipe II, hijo de Cárlos V., padre de...

—Lo sé, lo sé;—me apresuré á responder para salvar el realito: y dirigiendo una siniestra ojeada al siniestro palacio, me alejé de él.

Frente al palacio real está el convento de dominicos de San Pablo, con una fachada de estilo gótico, de tal modo rica, sobrecargada de estátuas, bajo relieves y adornos de todo género, que bastaría la mitad para embellecer un vasto palacio. En aquel momento daba sobre ella el sol, y el efecto era magnífico. Mientras estaba contemplando á mis anchas aquel laberinto de escultura, del cual parece que no puede salir la vista una vez que allí ha caído, un pordiosero de siete ú ocho años, que estaba sentado en un ángulo lejano de la plaza, saltó de su sitio como si lo moviera un resorte, y se lanzó hácia mí gritando con voz tierna y anhelante:

—Señorito! señorito! que le quiero á V. mucho!

Esta sí que es buena, pensé; que los pobres hagan declaraciones de amor. Vino á plantárseme delante, y entónces le pregunté:

—¿Por qué me quieres?

—Porque,—respondió con franqueza,—usted me dará una limosnita.

—¿Y por qué he de darte una limosnita?

—Porque... porque V. tiene el libro.

La Guia que llevaba bajo el brazo! Ved si es preciso viajar para oír cosas nuevas. Yo tenia la Guia, la Guia la tienen los forasteros, los forasteros dan limosnas, luego yo le debia dar una limosna á él; todo este razonamiento sobreentendido, en vez de decir:

—Tengo hambre.—Prendóme la especiosidad del razonamiento, y dejé en manos del profundo muchacho los pocos cuartos que me encontré en el bolsillo.

Al desembocar en una calle inmediata ví la fachada del colegio de dominicos de San Gregorio, tambien gótica, y más grandiosa y rica que la de San Pablo. Luego, de calle en calle, llegué hasta la plaza de la Catedral, encontrándome allí de manos á boca con una españolita graciosísima, á la cual se hubieran podido aplicar aquellos dos versos de Espronceda:

«Y que yo la he de querer
por su paso de andadura»

ó el nuestro

«non era l'andar suo cosa mortale»

que es la gracia suprema de las mujeres españolas. Mostraba en el andar aquellos mil fugitivos quiebros y muelles ondulaciones que los ojos no descubren uno á uno, ni la memoria retiene, ni la palabra expresa, pero que todos juntos forman lo que hay de

más seductoramente femenil en la mujer. Me encontré aquí con un embarazo; veía en el fondo de la plaza la gran mole de la catedral, y la curiosidad me estimulaba á mirar la mole; veía pocos pasos delante de mí aquella personita, y una curiosidad no menos viva me obligaba á mirar la personita; y no queriendo perder ni el primer golpe de vista de la iglesia, ni la vista fugaz de la mujer, corria con los ojos de lo cercano á la cúpula y de la cúpula á lo cercano, con avidez tan afanosa, que á la linda desconocida debió parecerle ciertamente que yo hubiera descubierto alguna correspondencia de líneas ó algun lazo misterioso entre ella y el edificio; porque se volvió tambien á mirar la iglesia, y sonrió pasando junto á mí.

La catedral de Valladolid, aunque no acabada, es una de las más vastas catedrales de España: imponente masa de granito, que produce en el ánimo incrédulo un efecto semejante al de la iglesia del Pilar de Zaragoza. Apenas se entra vuela el pensamiento á la Basílica de San Pedro: es una arquitectura grandiosa y sencilla, que recibe del color sombrío de la piedra reflejos de tristeza; las paredes están desnudas; las capillas vacias; los arcos, las columnas, las puertas, todo es gigantesco y severo; es una de aquellas catedrales que hacen brotar la oracion con secreto sentimiento de terror. No habia visto aún el Escorial; pero pensé en él: es realmente obra del mismo arquitecto: la iglesia quedó sin concluir para poner mano en la construccion del convento, y visitando el convento se recuerda la iglesia. A

la derecha del altar mayor, en una pequeña capilla, se alza la tumba de Pedro Ansurez, señor y bienhechor de Valladolid, y encima del monumento está su espada. Me hallaba solo en la Iglesia y sentía el eco de mis pasos; acometióme de repente un estremecimiento de frio agudo y no sé qué infantil temor; volví las espaldas á las tumbas, y salí.

Encontré á la puerta un sacerdote y le pregunté dónde estaba la casa que habia habitado Cervantes. Me respondió que en la calle de Cervantes, y me indicó de qué parte debia buscarla; dile las gracias, preguntóme si yo era extranjero, contesté que sí:

—¿De Italia?

—De Italia.

Me recorrió con la vista desde la cabeza á los piés, se quitó el sombrero, y echó á andar su camino adelante. Eché á andar yo tambien en sentido contrario, y me asaltó una idea:—Apuesto,—pensé,—que se ha detenido para ver de qué hechura es un carcelero del Papa. Me volví, y estaba realmente inmóvil en medio de la plaza, mirándome con tanto ojo abierto. No pude contener la risa, y tuve que excusarla con un saludo:

—Beso á V. la mano.

Y él á mí:

—Buenos días.

Y siguió adelante. Mas debió añadir entre sí, no sin asombro, que para ser yo italiano no tenía cara de muy bribon. Pasé por dos ó tres calles silenciosas y estrechas, y fui á dar en la de Cervantes, larga, derecha, fangosa, compuesta de casas mezquinas.

Anduve un rato sin encontrar más que algun soldado, alguna criada y algun mulo, y buscando acá y allá por las paredes una inscripcion que dijese: «Aquí vivió Cervantes, etc.»; pero no encontré nada. Llegado á lo último, me vi en la campiña; no habia ánima viva; estuve allá un poco mirando en torno, luego volví sobre mis pasos. Me planté delante de un arriero, y le pregunté:

—¿Dónde está la casa que habitó Cervantes?

Por toda respuesta dió un varazo al mulo y siguió adelante. Interrogué á un soldado: me envió á una tienda. En la tienda interrogué á una vieja: no me comprendió; pensó que yo queria comprar el *Quijote*, y me mandó á un librero. El librero, que queria hacer el sabihondo y no hallaba modo de decirme que de la casa de Cervantes no tenia ni noticia, se me fué por los cerros de Ubeda hablando de la vida y de las obras del milagroso escritor; de manera que á fin de cuentas tuve que volverme por donde habia ido, sin ver nada. Por fuerza debe haberse conservado memoria de aquella casa (y ciertamente que á buscarla mejor, habria dado con ella), no sólo en atencion á que la habitó Cervantes, sino porque ocurrió allí un hecho del cual hacen mencion todos sus biógrafos. Poco tiempo despues del nacimiento de Felipe IV, habiéndose encontrado cierta noche un caballero de la córte y un desconocido, trabáronse no se sabe por qué de palabras; echaron mano entrambos á la espada, y el caballero quedó herido mortalmente. El agresor se puso en salvo; el herido, todo cubierto de sangre, fué á pedir

socorrió á una casa cercana. Habitaban aquella casa Cervantes con su familia y la viuda de un celebrado escritor de crónicas con dos hijos. Acudió uno de éstos, alzó del suelo al herido, y llamó á Cervantes que ya estaba en la cama. Cervantes bajó á la calle, y ayudando á su amigo, entre los dos llevaron al herido á casa de la viuda. Murió pasados dos dias. Mezclóse en ello la justicia, procuraron descubrir la causa del duelo, se creyó que los dos combatientes cortejaban á la hija ó á la sobrina de Cervantes, y toda la familia fué puesta en prision. Dejaronlos libres de allí á no mucho tiempo, y no se supo más. Pero tambien esta debia tocar al pobre autor del *Don Quijote*, para que pudiese decir con razon que tuvo una de cada especie.

En aquella misma calle de Cervantes presencié una tiernísima escena, que me recompensó con creces de no haber hallado la casa. Pasando por delante de una puerta, sorprendí al pié de la escalera á una castellanita de doce ó trece años, linda como un ángel, la cual tenia entre los brazos un niño. No encuentro palabras bastante delicadas y gentiles con que decir lo que hacia. Habíala tentado suavemente una infantil curiosidad de las dulzuras del amor materno; los botones de su camisolin salian poco á poco de los ojales, uno despues de otro, bajo la presion de un dedito tembloroso; estaba sola, no sentia ruido en la calle; habia escondido la mano en el seno; entónces, acaso, estuvo un momento perpleja; pero al mirar al niño, sintiendo con su vista renacer el valor, habia hecho un ligero esfuerzo con

la mano escondida, para dejar al descubierto lo poco que podia; y sujetando entre dos dedos los endebles labios del niño, le decía tiernamente:—Aquí la tienes.—Mostraba el color del fuego en el rostro y una mirada dulcísima en los humedecidos ojos. Así que hubo sentido mi paso, arrojó un grito y desapareció.

En vez de la casa de Cervantes, encontré á poco la casa donde nació D. José Zorrilla, uno de los más eminentes poetas españoles de estos tiempos, vivo todavía, y al cual no se ha de confundir, como hacen muchos en Italia, con el Zorrilla jefe del partido radical; bien que poesía en la mollera la tiene también éste, y la derrama á manos llenas en sus discursos políticos con acompañamiento de grandes gritos y de gestos furiosos. D. José Zorrilla es en la poesía española, según mi entender, un poco más de lo que es en la italiana Prati, con el que tiene muchos rasgos de semejanza: el sentimiento religioso, la pasión, la fecundidad, la espontaneidad, y un no sé qué de vago y de atrevido que enciende las imaginaciones juveniles; y un modo de leer, á lo que se dice, resonante y solemne, aunque ligeramente monótono, por el cual andan vueltos el juicio no pocos españoles. La forma pienso que la tiene más correcta el poeta español; prolijos lo son un poco uno y otro; en ambos hay resplandores de gran poeta. Son admirables, más que toda otra obra de Zorrilla, *Los cantos del Trovador*: colección de narraciones y leyendas llena de versos de amores dulcísimos y descripciones de exactitud inimitable. Escribe también

para el teatro; y su *Don Juan Tenorio*, drama fantástico en versos octosílabos y consonantes, es una de las obras dramáticas más populares en España. Se representa todos los años el Día de Difuntos, y corre el pueblo á oirlo como á una fiesta. Algunos trozos líricos esparcidos en el drama andan en boca de todos; especialmente la declaracion de amor de D. Juan á la amante robada, que es lo más suave, lo más tierno, lo más ardiente que pueda salir de los lábios de un jóven enamorado en el arranque más impetuoso de la pasion. Desafío al más frio de los hombres á leer aquellos versos sin estremecerse. Y quizá es más enérgica aún la respuesta de la dama:

«Don Juan! don Juan! yo lo imploro
de tu hidalga compasion:
ó arráncame el corazon,
ó ámame, porque te adoro!»

Haccos decir aquellos versos por una andaluza, y lo advertireis; ó si no os fuese posible, leed al ménos la balada que lleva el titulo de *la Pasionaria*, algo larga, pero llena de un afecto y una melancolía que encantan. Yo no puedo recordarla sin que se me llenen los ojos de lágrimas: veo siempre aquellos dos amantes, Aurora y Félix, jóvenes, en un campo desierto, al caer el sol, que se alejan por opuestos caminos, volviéndose á cada paso, y saludándose, y no saciándose nunca de mirarse. Son versos, como los llaman los españoles, asonantes, sin rima; pero compuestos y ordenados de modo que la penúlti-

ma sílaba de cada verso par ó impar, sobre la cual cae el acento, tenga siempre la misma vocal; que es la manera de verso más popular en España: el verso del Romancero, en el cual muchos improvisan con facilidad maravillosa. Un extranjero no puede conocer toda su armonía si no tiene acostumbrado el oído.

—¿Se puede ver el Museo de Pintura?

—¿Por qué no, *caballerito*?

La portera me abrió las puertas del Colegio mayor de Santa Cruz, y me acompañó al interior. Los cuadros son muchos; pero fuera de alguno de Rubens, de Mascagni, de Cárdenas, de Vincenzo Carducci, los otros son cuadros de poquísimo valer, recogidos aquí y allá por los conventos, y esparcidos al acaso en las habitaciones, en los corredores, en las escaleras, en las galerías. Esto no obstante, es un Museo que deja en el ánimo una impresion profunda, no muy diversa de la que produce por primera vez el espectáculo de las corridas de toros; y en realidad, han trascurrido más de seis meses desde aquel día, y la siento aún como si la hubiese recibido pocas horas hace. Cuanto de más triste, de más sanguinario, de más horrendo ha salido del pincel de los más feroces españoles, se encuentra recogido allí. Imaginaos llagas, miembros mutilados, cabezas separadas del cuerpo, cuerpos estenuados, despedazados, flagelados, atenazeados, secos, con cuantos tormentos describen las novelas de Guerrazzi, ó las historias de la Inquisicion; no llegareis á formaros idea propia